

VILLOVELA DE ESGUEVA

Si intentamos bucear en la historia medieval de las viejas tierras alfoceas de Roa, no queda más remedio que recurrir a los escasos documentos, de una parquedad más impasible que un epitafio cuajado de lagunas y, tal vez –en el mejor de los casos–, a la arqueología. Sin ningún argumento veraz Vallejo del Busto aseguraba que el montículo ocupado por las bodegas de Villovela fue poblado hispanorromano del siglo V, claro que devastado por los visigodos, noticia que vendría contraindicada al no revelar hallazgos cerámicos en superficie. Parece más lógico que en la cima del cercano *Landicastillo*, al sudeste del actual núcleo habitado, existiera una modesta fortaleza altomedieval. También resulta evidente que el sonoro nombre de la localidad responde en realidad al antropónimo “Villa de Vela”, quizá el caballero que ostentó la propiedad de estos pagos durante los lejanos tiempos de la repoblación.

De 1100 data un pleito sobre pastos entre los vecinos de Buniel y los de Frandovínez y Villovela que fue solventado con la celebración de un combate reglamentado entre dos peones a sueldo, muy ilustrativo de lo que ocurría por nuestras tierras durante los oscuros siglos de la reconquista (nos queda la duda si el citado Villovela se refiere a la localidad del valle del Esgueva o al despoblado –Nuestra Señora de Villuela– sito dos kilómetros al norte de Frandovínez, en todo caso, el documento había sido extraído por Menéndez Pidal del archivo de las monjas del aldea del monasterio de Tórtoles. Tiempos de presura y de roturo en unas tierras definitivamente consolidadas hacia el 1011, cuando el conde Sancho García tomaba para los cristianos las localidades de Clunia, Osma, San Esteban, Gormaz y otras plazas del Duero, asegurando una línea defensiva a lo largo de la ribera.

Hacia 1136 Roa era cabeza de un campo o alfoz que pertenecía a la nueva diócesis oxomense: *Rotam et totum campum de Rotha*, recibiendo el célebre Fuero de Sepúlveda de manos de Alfonso VII en 1143 que permitirá la creación de una comunidad de villa y tierra compuesta por treinta y tres aldeas y el derecho de los pobladores raudenses a incorporar nuevas tierras roturadas a ambos lados del Duero, entre el Arlanza y el Sistema Central.

A fines del siglo XII los asentamientos Villovela, Guzmán y Torresandino aparecen citados como pertenecientes a la merindad de Cerrato, si bien señalaba López Mata que Torresandino *sita in Augreva iuxta torre quem ferunt Domino Sindino* (*Torre Domno Sindino*, otro antropónimo, al igual que la cercana localidad de Castrillo de Don Juan o *Castrillo de Oveco Díaz*) había sido cabeza de un pequeño alfoz encajado entre los de Roa, Clunia, Lerma y Baltanás y Villovela, debió pertenecer al alfoz raudense por más que no aparezca en la citada relación de 1143 (sí que aparecen las localidades de La Horra, Olmedillo, Anguix y Las Quintanas, despoblado localizado entre los términos de Villovela y Olmedillo). Por el contrario, Gonzalo Martínez Díez opinaba que las aldeas de Villovela y Guzmán, aunque pertenecientes al arciprestazgo de Roa (de la diócesis de Osma y del que formaron parte 21 pueblos y 7 despoblados), nunca estuvieron vinculadas al alfoz raudense, integrándose en el extenso alfoz de Clunia. Lo cierto es que entre fines del siglo XII e inicios del XIII las comarcas burgalesas del valle del Esgueva quedarán subsumidas en el nuevo perfil administrativo de las merindades: Torresandino se convierte en coto del potente monasterio de Las Huelgas mientras que Villovela y Tórtoles pasaron definitivamente a la merindad cerratense.

Además del femenino de Tórtoles, existió otro monasterio benedictino masculino en Boada que estuvo advocado a San Andrés, fue fundado por Munio Núñez y agregado por Diego Rodániz y su mujer doña Teresa al de San Pedro de Arlanza en 937, continuando como priorato hasta los tiempos de la desamortización. Sabemos que en 1180 don Mariano Maté, arcediano de Burgos y pariente de los obispos de Burgos y Palencia, dictó avenencia entre doña Mayor (hija de Garcí Garcíez de Aza) y la colegiata de Covarrubias sobre

ciertas rentas y derechos a percibir por ambas partes en varias localidades entre las que figuraba Villovela.

Más moderno es el convento de Nuestra Señora de los Valles, fundación carmelitana sita en la margen derecha del Esgueva, entre Torresandino y Villovela (en término de la primera localidad), exclaustro tras el agorero decreto de 1835, se encontraba ya arruinado en 1849. Las ruinas de la casa corresponden al siglo XV aunque fue reedificada por Diego González de Avellaneda, hijo de Lope Ochoa de Avellaneda (†1384), señor de Gumiel de Mercado, Valdesgueva y Villovela, y padre de Beatriz de Avellaneda (†1436), señora de Gumiel de Mercado, Villovela de Esgueva y Saldaña, fundadora de una capellanía en la casa de los carmelitas descalzos.

Durante la Baja Edad Media, el *Libro Becerro de las Bebetriás* (1351-1352) señalaba que la aldea de Villovela era lugar de don Pedro, hijo de don Diego de Haro. Enrique III (1390-1406) instaló cuartel en el despoblado de Valera cuando en 1394 decidió cercar la villa de Roa, donde residían el rey don Pedro y doña Leonor, reina de Navarra. Según nos dice Loperráez, la aldea de Valera terminaría siendo agregada a Villovela.

En el diccionario de Madoz la entrada correspondiente a Villovela citaba aún la existencia de las tres ermitas del término: Santa María, San Román y Santa Lucía, además de la parroquial de San Miguel, por excelencia el arcángel *psicopompo*, abogado de los finados que se presentaban ante el juicio individual y que cuenta con tan rica tradición en el arte medieval hispano.

Iglesia de San Miguel

LA IGLESIA DE SAN MIGUEL de Villovela, alzada hacia el costado septentrional del pueblo, cuenta con dos naves, románica la septentrional; tardogótica, la meridional. Conserva casi en su integridad el viejo edificio románico, al que se abraza el campo santo por el norte, con un ábside semicircular perforado con tres ventanas rasgadas de medio punto, el cuerpo de la nave y una torre moderna de planta cuadrangular alzada a los pies. El acceso

se realiza desde la portada meridional, dando paso a una amplia nave tardogótica, es de traza apuntada, porta moldura conopial y alfiz ornados con bolas, así como jambiellas en correspondencia con las arquivoltas, dentro de una estética familiar al gótico flamígero.

El exterior del ábside desvela un vano central de medio punto flanqueado por semicolumnillas y una cesta vegetal (está destrozada la izquierda) cuyas impostas abilletadas se

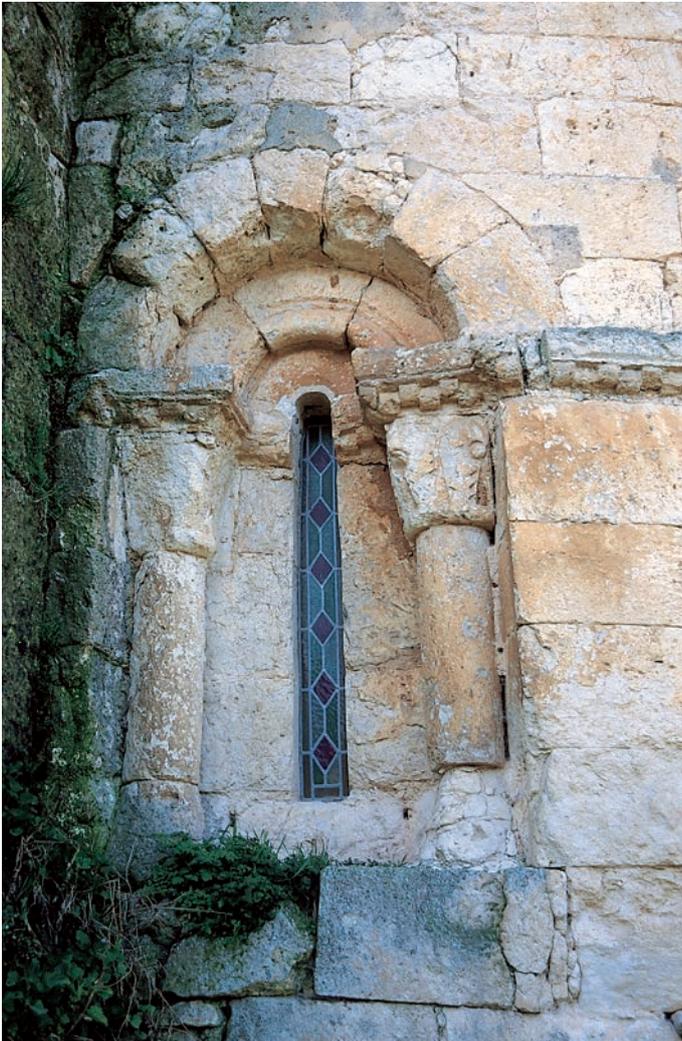


Iglesia de Villovela. Vista desde el sureste

*La vieja iglesia románica
en la fachada norte*

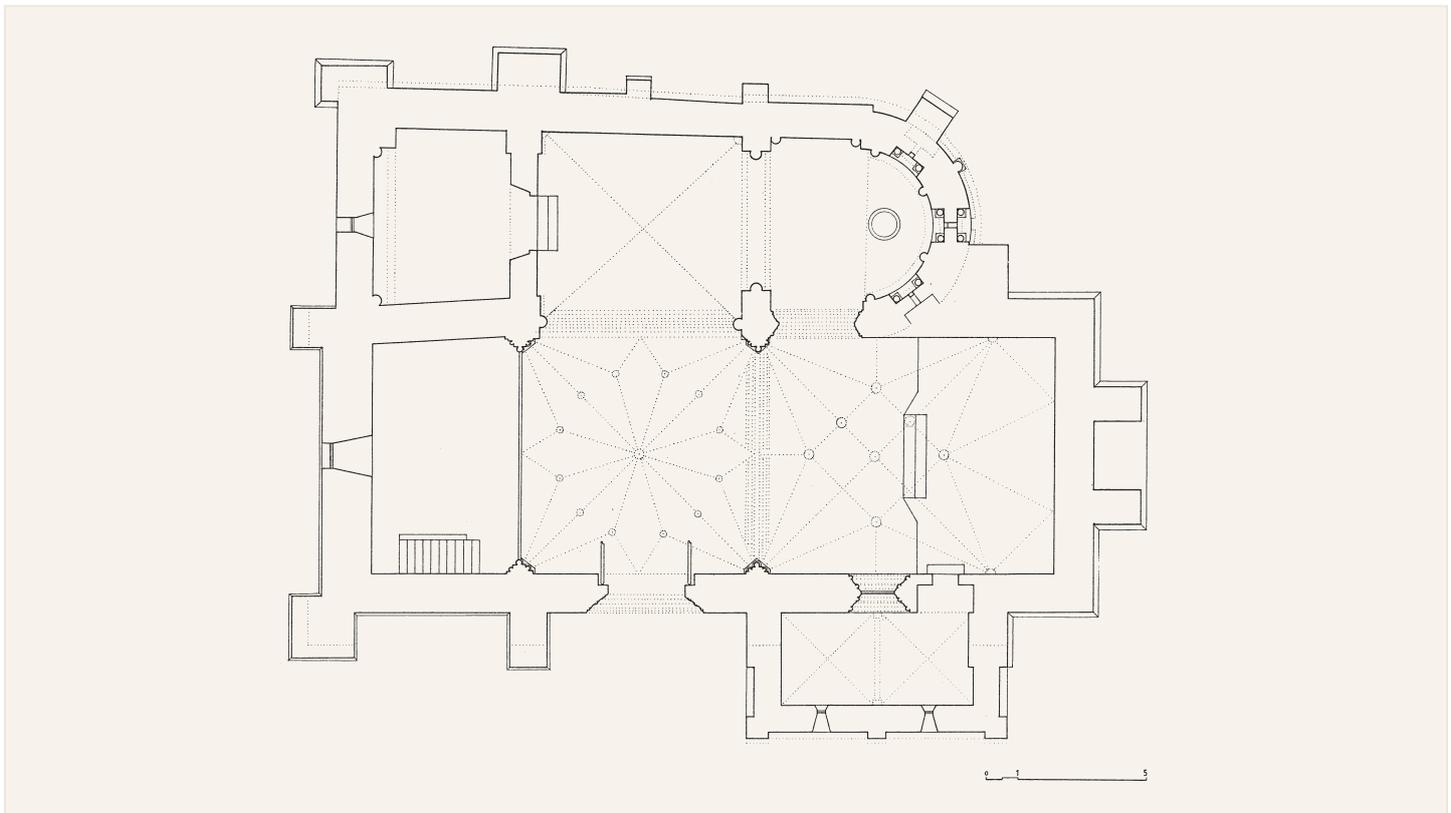


Ventana del testero absidal



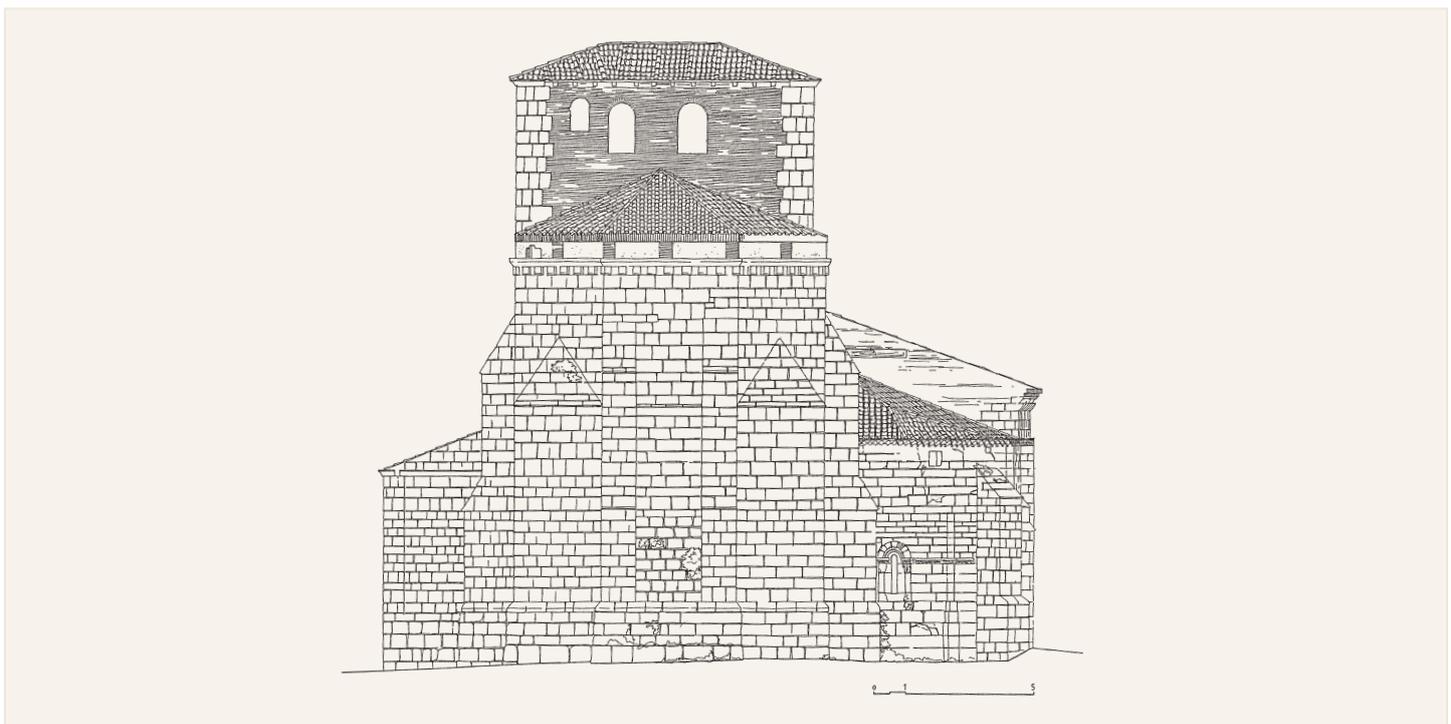
Interior del ábside

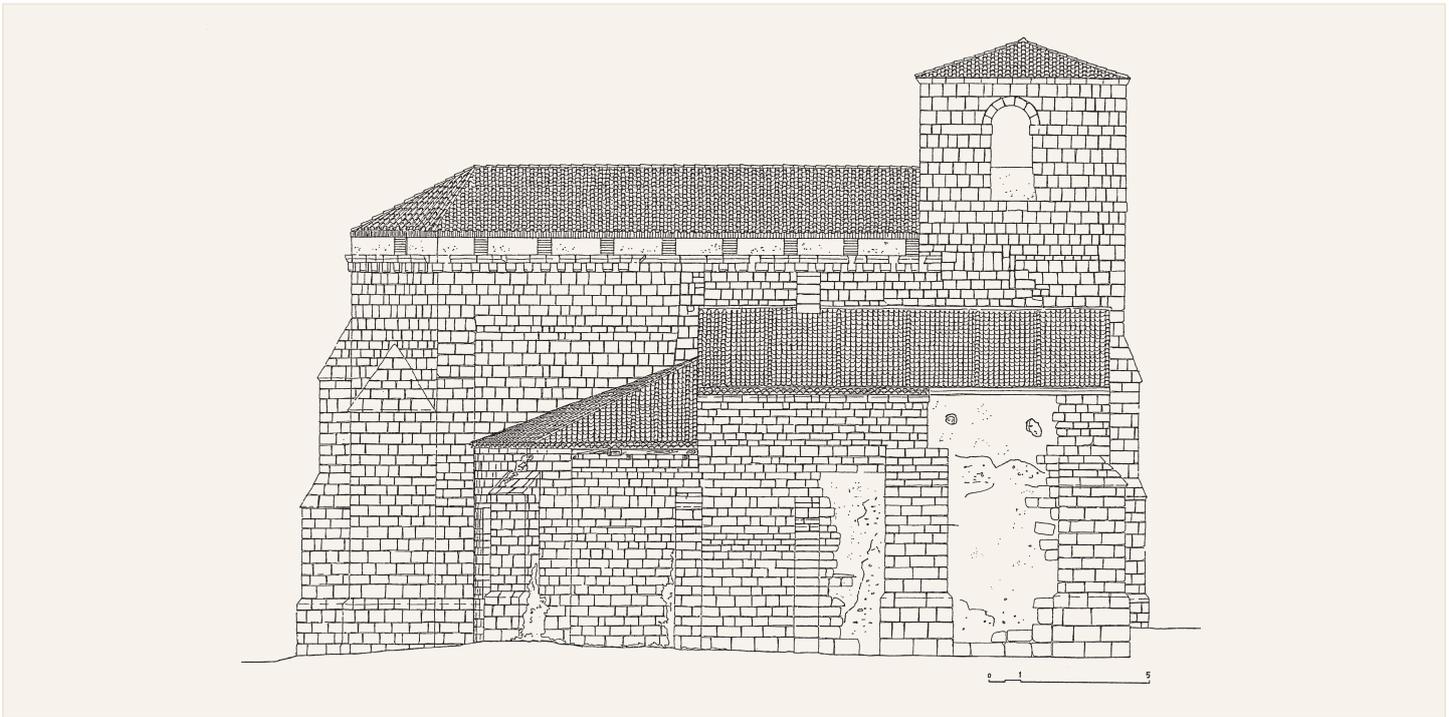




Planta

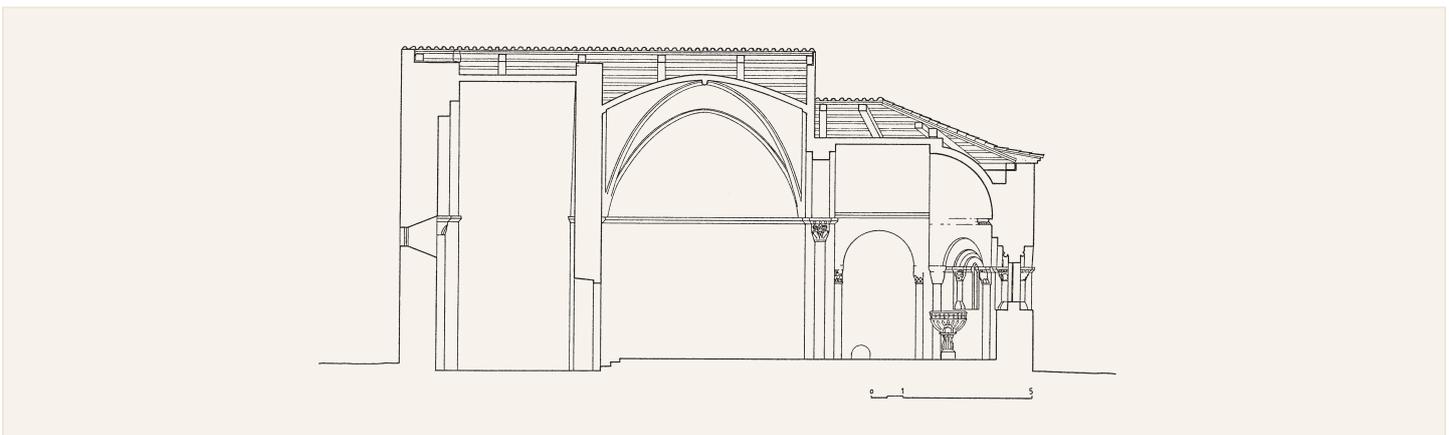
Alzado este





Alzado norte

Sección longitudinal de la iglesia románica





Sección transversal

prolongan por el tambor para perfilar dos niveles. Queda reforzado por contrafuertes prismáticos rematados en talud.

En el interior del ábside, cubierto con bóveda de horno y extradado, se aprecian amplias arquerías ciegas de medio punto que apoyan sobre una imposta abilletada y sirven de enmarque a los vanos (la arquería ciega se prolonga también a lo largo del muro septentrional). En el punto de arranque de la bóveda de horno encontramos otra imposta de bolas (que en el tramo presbiterial toma forma de billetes).

El tramo presbiterial se cubre con bóveda de cañón, enlazando con el arco triunfal de medio punto. Tanto la tipología de arquería ciega como los capiteles del interior coinciden con otros edificios del grupo románico del

Esgueva (Pinillos, Terradillos, Cabañes, Santibáñez, Bahabón u Oquillas), datables hacia el último tercio del siglo XII, mientras que las semicolumnas entregas absidales podrían emparentarse con obras románicas tardías del entorno cerratense y grupo vallisoletano del Esgueva, muy cercanas a Villovela.

Los capiteles románicos, de notable tosquedad, presentan hojas de acantos (algunos rizados), pencas, hojas tripétalas inscritas en el interior de palmetas (como en la portada de Cabañes), águilas explayadas, leones e ingenios cérvidos afrontados que devoran manojillos de tallos. Especialmente fracturados en el hemicyclo absidal, quizá por la instalación forzada de obligados retablos, y en el exterior, donde la degradable caliza de paramera ha sufrido el crudo

Ventanas del ábside



Presbiterio y ábside, lado norte





Capitel del presbiterio



Capitel del arco triunfal, lado sur



Capitel de la nave



Capitel del arco triunfal, lado norte



Capitel de la nave

efecto de la erosión. En el lado del evangelio de la nave románica –a la altura del actual pavimento– apreciamos una credencia de medio punto. El segundo tramo de la nave se cubre hoy con bóveda de crucería datable a inicios del siglo XVI.

La que antaño fuera capilla bautismal, a los pies de la nave románica, se cubre con bóveda de medio cañón. Hacia occidente apoya sobre capiteles muy maltrechos, coronando semicolumnas adosadas a contrafuertes prismáticos. Hoy en día hace las veces de recoleta capilla capaz de acoger los oficios.

La nave meridional, con aparatosa cabecera poligonal, plementería arriñonada y sólidas pechinas angulares (de traza más humilde que San Martín de Tours de Cabañes), da paso al tramo presbiterial y otro más occidental, cubiertos con crucerías estrelladas cuyas claves caladas se decoran con monogramáticos "IHS". Las impostas de bolas y los pilares fasciculares nos hablan de una edificación alzada hacia el primer tercio del siglo XVI que, sin embargo, respetó la modesta nave románica septentrional, a la que se abre respetuosa mediante un gran arco apuntado. A pesar de la necesidad de una ampliación moderna, nuestros antepasados

no consideraron oportuno derribar la fábrica más antigua, quizá por respeto a la memoria de sus mayores.

Singular resulta la pila bautismal, semiesférica y dispuesta sobre peana bulbosa, queda alojada en la vieja cabecera románica. Es pieza en excelente estado de conservación y singular refinamiento obrada hacia mediados del siglo XVI que presenta las armas parlantes de don Juan de Acosta, obispo de linaje luso a la sazón prelado de Osma.

Texto: JLHG - Planos: MCBM - Fotos: JNC

Bibliografía

HERNANDO GARRIDO, J. L., 2001a, p. 110; LÓPEZ MATA, T., 1957, pp. 121-122, 129; MADDOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 507; MENÉNDEZ PIDAL, R., 1966, n.º 147; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1981, t. I, pp. 121-122; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1987, p. 222; PALOMERO ARACÓN, F., 1994, p. 544; PALOMERO ARACÓN, F. e ILARDIA GÁLLIGO, M., 1991-1992, t. I, pp. 69-70; PALOMERO ARACÓN, F. e ILARDIA GÁLLIGO, M., 1995, p. 144; PÉREZ CARMONA, J., 1959 (1975), p. 107; VALLEJO DEL BUSTO, M., 1981, pp. 467-468; ZAMORA LUCAS, F., 1965, pp. 62-63 y 481 y ss.